

## DE LOS SEXOS DE LAS CULTURAS

**P**ARTIENDO de las premisas de que el ciclo de una cultura sigue las mismas fases que la vida de un individuo y de que el sexo en la humanidad aparece diferenciado por predominio de uno determinado, no por exclusión total de uno de ellos, como asegura un eminente médico español, se podría deducir que en nuestra civilización occidental conviven ambos sexos, masculino y femenino. En nuestra tesis, mientras el masculino predomina en la etapa primera, el femenino lo hace en la segunda.

Un ejemplo concreto que nos puede dar luz sobre ello es el clásico de Roma: guerrera, conquistadora, masculina, muy egoísta, enemiga del lujo y amiga del lucro, como dijo Catón el *Censor*, en su primera fase.

Y dado que todo ensanchamiento trae inevitablemente un ablandamiento: más suave, más femenina y refinada, más bella, pero menos fuerte más ancha, pero menos prieta, más dadora y menos receptora, después.

También en el Paraíso Terrenal fué primero el hombre que la mujer.

Igualmente en la cultura romana las formas duras y varoniles se transforman posteriormente en aquellas otras maternas de la Roma, que se desgaja por el mundo en goce paridor y coqueto de contemplarse eternamente joven en sus hijas.

Dos son pues los sexos y las funciones de las culturas: lo masculino, lo viril, en la hora de fundar. Lo abnegado, lo femenino, en el instante de transfundir; antinomias eternas que pudiéramos reconocer sintetizadas en el dios Apolo, tan masculino y tan femenino al mismo tiempo.

Ahora bien, en este momento de la cultura occidental ¿qué sexo y en qué grado predomina?

La forma masculina que tiene por *condicio sine qua non* la Justicia y la Verdad, ha degenerado por suprimir las virtudes naturales que constituían la médula de su ser. La mentira tiene más utilización que la verdad. El valor humano se ha substituído por el valor moneda. La arbitrariedad es una forma más de la justicia.

La forma femenina cumplió magníficamente su misión y los resultados se aprecian ya. Ella que tiene por virtudes naturales la Caridad y la Esperanza es meta, bastión, alimento y satisfacción, para el presente y para el futuro.

La Madre Europa mira con ojos esperanzados a sus hijas de América que con entereza y suavidad al mismo tiempo, han tomado en sus manos la llama olímpica de la civilización occidental para clavarla en una pretendida Arca de la Alianza.

ARSENIO MUÑOZ DE LA PEÑA

## EL PRIMER LIBRO

( CUENTO )

POR RAMÓN DE GARCIASOL

**E**STOY tembloroso, inquieto, impaciente. ¿Me irá a pasar algo? Me doy cuenta de mi estado y no tengo razones ni fuerza para impedirlo. ¿Por qué tendremos nervios, Señor? ¿Por qué nos habitan fuerzas que no podemos dominar? Soy un árbol maravillado, recién vestido de primavera, en pleno éxtasis, al que le hubiese invadido un huracán de alas, una tromba de trinos, una tormenta de pájaros locos.

Hay momentos en que casi venzo el puño a la tensión angustiosa, en que voy a convencer a mi naturaleza con reflexiones. Pero en cuanto me distraigo, una inundación de sombras me sube por las raíces, me reprime la inteligencia llevándola a sus últimos rincones, poniéndola la espalda contra la pared.

Por más esfuerzos que hago, hoy no puedo conmigo. Hay días que está uno dejado de sí, desconocido para sí mismo, penoso y niño a la mirada interior.

Alrededor mío libros, muebles, cuadros, la *radio*, indiferentes, impasibles, irritantemente desdeñosos, metidos en sí en una meditación ininterrumpida y eterna. El retrato que me hizo Ruiz, me mira fijamente, táctilmente, incisivamente, como si yo fuese un infusorio visto al microscopio por un sabio atento. ¿Tiene ese rubor de sol en la sonrisa suficiente o se le pone mi inquietud para compadecerme más? Su seguridad me apabulla, me empequeñece. Tengo que retirar la mirada de él porque me hace daño la definitividad de su gesto, su irrompible silencio, su postura última.

La araña de cristal está atrozmente, criminalmente quieta. ¿Tendrá la clave de la sabiduría y no se atreve a respirar para no esparcirla, para no convertirla en polvo? A la nitidez del cristal en mi recuerdo de otro tiempo, le ha salido una palidez lunar de estar despierto desde el día de su nacimiento. Cuanto más atentamente la observo, más se densa su silencio, más se cuaja en mí, como si la sangre se me fuese a convertir en piedra sin que se me apague el conocimiento, para agrandar más el asombro.

Me agacho espiritualmente, me bajo la atención al nivel del horizonte del ser para oír el silencio, para escuchar esta paz mineral en que están embebecidas las cosas. Y hasta la voz del pensamiento me parece excesiva: impide oír el respirar del alma, que no se capta; estorba el amanecer de la revelación.